
CAPÍTULO VII.

Los amigos.

Ya hemos visto al principio del capítulo anterior al que acabamos de leer, en el cual la insigne portera llevó á Miguel el olvidado retrato de su madre y el último y triste recuerdo de Magdalena, robada y perdida, qué confusión de ideas daba vueltas en la cabeza hermosa, pero destornillada, de nuestro infeliz y afortunado héroe.

Ya hemos visto, pues, cómo, satisfecha su vanidad, halagado su corazón y alucinados sus sentidos con el novelesco, apasionado y original amor de la Marquesa, empezaba á sentir el estímulo de vivas ambiciones, porque no se resignaba su orgullo á pasar, digámoslo así, á la posteridad sin más gloria que la de haber alcanzado el amor de una

mujer hermosa y rica, para lo cual no se necesita, ciertamente, más mérito que el de no ser completamente feo, completamente tonto ó completamente viejo, esto es, ser, poco más ó menos, como cualquiera de los que forman las tres cuartas partes de los hombres que cubren la haz de la tierra.

Una vez que la fortuna loca habia puesto en él sus ojos por medio de una mujer encantadora, se consideraba obligado á hacerle entender que semejante favor no habia caido en saco roto, es decir, que queria contestar á aquella provocacion de la suerte, que lo sacaba de su oscuridad, elevándose por su propio mérito sobre el resto de los mortales.

Todo el ruido que habia causado su repentina aparicion en el mundo lo tenía aturdido, y no se avenia á ser el *ridiculus mus* del parto de los montes, reduciéndose al papel vulgar de amante de *pacotilla* ó marido de cajon. Despues de haber conquistado á la Marquesa queria nada ménos que conquistar el mundo.

El amor de Magdalena..... aquel amor

silencioso y tranquilo de ventana á ventana, á la altura de un cuarto piso, suspendido, digámoslo así, entre el cielo y la tierra, sin que los tiernos pensamientos tuvieran necesidad de la intervencion de las palabras para que uno y otro corazon se entendieran; aquel amor que habia empezado quitándole de las manos la respetable suma de cien mil duros, que se llevó el viento; aquel amor que hizo callar en su alma la voz del orgullo, que la limosna de la Marquesa habia despertado; amor puro, risueño, apacible, tímido y casto, le inspiró el idilio aquel, que recordará el lector, donde la soledad y la naturaleza eran los únicos testigos de su dicha.

El amor de Magdalena, inocente como ella misma, le hizo entrever la felicidad del paraíso, é inundando su corazon de tierna poesía, al repasar las soberbias grandezas del genio del hombre, envidió la gloria sosegada, la grandeza humilde, la inmortalidad tranquila, augusta, serena que Dios ha concedido al genio del poeta.

El amor con que la Marquesa hacia latir

el corazón de Miguel era otra cosa. Si se me permite valerme de imágenes que pueden parecer atrevidas, pero que encierran, sin embargo, verdadera exactitud, diré: que no era el casto eso del ángel, que purifica y ennoblece los deseos, sino la mordedura de la serpiente, que enciende y corrompe la sangre; que no era el eco armonioso que resuena en nuestro corazón diciéndonos «ama», sino el grito salvaje que ruje en nuestros oídos diciéndonos «goza»; que no era el suave calor del alma, sino el ardiente fuego de los sentidos; que no era el amor, sino el deleite.

Magdalena y Luisa pueden representar á nuestros ojos la doble imagen de una misma mujer: la imagen de Eva antes de la culpa, la imagen de Eva después del pecado; la mujer en la cumbre de la inocencia, la mujer en el abismo de la malicia; la mujer que mira al cielo, la mujer que no ve más que la tierra; la mujer que al despertarse Adán de su profundo sueño sonríe dulcemente con la paz y el cariño de los cielos, donde todavía no eran conocidas las tempestades; la mujer

que alucinada por el demonio pone en manos del primer hombre la fruta odiosa del árbol maldito.

Así es que el amor de la Marquesa infundió en el alma de nuestro pobre Adán el deseo insaciable de todas las ambiciones de la tierra; había cogido la manzana de oro, y ya ¡oh miseria de la soberbia humana! lo sabía todo, lo quería todo y lo podía todo.

Repasando por segunda vez la historia de las grandezas del hombre, miraba con desden la gloria de Homero, la inspiración de Dante, el genio de Cervantes. No ve en ellos más que un pobre ciego, un pobre hombre y un pobre manco..... Su crítica ha adquirido ese laconismo terrible, monosilábico, que mata de un solo golpe; es la crítica del desden. *La Iliada*..... Bah..... *La Divina Comedia*..... Phs..... *El Quijote*..... Uf..... Tienen á sus ojos más atractivo la clava de Hércules y los tesoros de Cresos; ser á un mismo tiempo Napoleón y Rostchild era para él poseer el mundo..... Y no discurría mal si se atiende á que con una de esas navajas largas que parecen espadas, y con un bolsillo hondo

como una mina, todo se alcanza y todo se puede, porque lo que no se conquista se compra: el miedo es lisonjero como un hábil cortesano, y la codicia sabe arrastrarse mejor que las culebras.

Los Césares divinos del bajo imperio recibían las adoraciones del pueblo romano á cambio de estas dos gracias: *panem et circenses*; nuestra sociedad, más baja que aquel bajo imperio, dobla la rodilla ante las divinidades humanas de la época bajo el doble poder de esta fórmula: «Pan y palos.»

No iba Miguel desencaminado en su deseo; pero era un poco tarde para abrirse paso en el camino de la celebridad con la punta de la espada..... y envidiando á Napoleon, se decidió por Rostchild.

Una vez millonario, no le faltarian espadas que comprar en el Rastro de nuestras presentes glorias militares; pujaria como nadie en la subasta pública de las alabanzas, y la muchedumbre dichosa se inclinaria á su paso para recoger las brillantes monedas que caerian de su bolsillo. Sería, en fin, un genio; no el genio de los poemas inmortales,

ni de los monumentos augustos, ni de las obras pasmosas; no el genio del espíritu, sino el genio de los inteseses materiales; no el genio de la virtud sencilla y de la fe sumisa, sino el genio de la riqueza insolente y de la prosperidad soberbia.

Pensaba, y pensaba bien, que todos le deberian la felicidad, pues pensaba que todos le deberian dinero.

Sería el genio de su siglo, y el siglo XIX, dejando el título de su clasificacion cronológica, se llamaría el siglo de Miguel, como se dice el siglo de Augusto y el siglo de Pericles, cuando ni Pericles ni Augusto vivieron en siglo alguno, porque cuando ellos vivieron no habia siglos.

Sería, pues, el genio de la prosperidad, de la opulencia y de los placeres; ese genio que la antigüedad burlona simbolizó en un cuerno, llamándole el cuerno de la abundancia. Habia pasado su espíritu de la feliz Arcadia á la corrompida Babilonia.

Mas, sea de ello lo que quiera, el caso es que Miguel sentia una urgente necesidad de hacerse superior á su posicion, de elevarse

sobre sí mismo. En estos tiempos positivos ser algo es poseer un talento cualquiera, una aptitud de cualquiera especie que sea: se reparten la celebridad como pan bendito los toreros, los saltimbanquis, los oradores, los publicistas, los cantantes y los histriones; de cualquier modo se puede ser algo; mas para serlo todo no hay más que una manera: ser rico.

Éste era, poco más ó ménos, el orden de ideas que nuestro personaje sentía bullir en su cabeza, cuando se encontró sorprendido con la perspectiva de un rompimiento que destrozaba su corazón; porque no se renunciaba fácilmente á un placer que no hemos hecho más que probar, y el amor de la Marquesa era un néctar delicioso, que apenas había tocado con los labios.

Rechazado el medio de envolver en el secreto la intimidad de sus relaciones, dobló la frente ante la entereza de Luisa, y propuso el matrimonio, sacrificando al amor que sentía por ella su orgullo de hombre.

Hacerle perder al mundo la pista de aquellos amores era lo que más le convenia, por-

que de ese modo apartaba de sí la apariencia humillante de ser un amante de pacotilla, un simple aventurero de salón, sin más mérito que su bella cara; y aunque esto era ser algo, no le satisfacía. Mas ¿qué hacer ante la repentina y resuelta actitud de la Marquesa?..... El amor triunfó, y se resignó por de pronto á representar en el mundo el papel, poco airoso á sus ojos de marido de cajón..... Vamos; salió del cuarto de Luisa poco satisfecho de su fortuna..... porque, francamente, no le halagaba casarse..... así tan de sopetón..... tan de pronto, con una mujer rica, que al fin y al cabo alguna vez podría pensar que lo había comprado, y en tal caso era, cuando ménos, posible la contingencia de que pensara en venderlo. Un amor tan original, tan novelesco, tan poético, caer de golpe y porrazo en la prosa del matrimonio, no era ciertamente lo que él había soñado.....

Por lo que hace á la Marquesa, su instinto de mujer le había advertido el peligro de que el mundo le robára el cariño de Miguel, y aunque con el miedo que le infundia

el recuerdo de su primer matrimonio, decidió casarse y probar por segunda vez fortuna. Era el desquite de aquella mala pasada que le había jugado el mundo: sentía placer al provocarlo y se hinchaba de orgullo ante la esperanza de vencerlo: entraba en la lucha con la ventaja de su experiencia; y contando con el imperio que había adquirido sobre el corazón de su amante, se arriesgaba á un casamiento, que podía tener varios inconvenientes para su amor, pero que por eso mismo el triunfo sería más completo.

Para las naturalezas altivas las dificultades son atractivos; el empeño que ponen en la realización de sus deseos está siempre en razón directa de los obstáculos que se oponen al cumplimiento de lo que apetecen; es decir, cuantos más obstáculos, más empeños; cuantas más dificultades, más ánsia; lo difícil la seducía, lo imposible la embriagaba.

Por otra parte, ¿conservaría mejor el amor de Miguel siendo su manceba que siendo su mujer?..... En fin, la idea de aniquilar con un golpe decisivo las odiosas pretensiones de Matusalem inclinaron decididamente la ba-

lanza de su ánimo en favor del matrimonio.

Mas coloquémonos en su situación y comprenderémos que no había de ser ella la que fuera á pedirle á Miguel su blanca mano, y como comprendía que Miguel no se decidiría nunca á dar ese paso, no vaciló un instante en hacer al mundo instrumento de su propósito, presentando su decoro comprometido por las murmuraciones de las gentes. Un inglés, llevado, en igualdad de circunstancias, ante el tribunal competente, hubiera pagado los escrúpulos de la Marquesa con una indemnización de más ó menos libras esterlinas, y ambos hubieran quedado en paz; pero el atraso en que todavía vivimos respecto á la culta Inglaterra puso al pobre muchacho ante el tribunal de su propio honor, y reconociendo la deuda que su amor había contraído, no encontró más manera de pagarla que poner bajo la custodia de su nombre la conducta de la Marquesa con un matrimonio inevitable.

Mientras Luisa celebraba interiormente el triunfo que acababa de obtener sobre su amante, éste bajaba la escalera decidido á

casarse con la Marquesa; pero empeñado en forzar la máquina de su fortuna, quería llevar al tálamo nupcial algo más que sus veinte y cinco años y su bella persona; porque no podía transigir con la idea de pasar á los ojos del mundo como un marido de alquiler: ni siquiera era licenciado en leyes, carecía de toda posición social, era realmente un advenedizo, un sér que salía de la nada sin más título que su nombre; nombre inútil, porque al darle Luisa su mano le daría casa, coche, palco en la ópera, buena mesa..... todo; y hasta dejaría de ser Miguel Lanuza para llamarse pura y simplemente el marido de la Marquesa.

¡Cuántos le envidiarían la codiciada fortuna de semejante enlace, precisamente cuando las reflexiones que dejó apuntadas lo iban poniendo poco á poco en disposición de darse á todos los demonios! Es verdad que el amor lo consolaba de este contratiempo; pero aunque amaba mucho á la Marquesa, no dejaba por eso de amarse bastante á sí mismo, de manera que lo cegaban á la vez dos amores: el amor ajeno y el amor propio.

Sin embargo, no carecía absolutamente de lo que en el mundo se llama posición social. Era, como sabemos, secretario del Duque, pero esta ventaja lo desesperaba; hubiera preferido caer por la chimenea á subir por la escalera del escritorio. No siendo más que Miguel Lanuza, jóven aceptable, brillante, poético, original, hasta encantador si se quiere, no le parecía mal ese empleo de confianza, que más adelante podía abrirle el camino de lisonjeras posiciones; por ejemplo, podía ser diputado, y con la lengua un poco suelta y la conciencia un tanto dócil podía muy bien llegar á ser ministro; mas pasar de la noche á la mañana de secretario del Duque á marido de la Marquesa era un tránsito que lo humillaba. Veía el brillo de este enlace en las condiciones en que se le presentaba, como vió el brillo de la moneda de oro que la misma Marquesa arrojó á sus piés en la calle del Príncipe: le parecía otra limosna.

Con estas cavilaciones llegó al fin de la escalera, y allí, quitándose previamente el sombrero, se dió en la frente una vigorosa

palmada: se había olvidado que Guillen y Medina lo esperaban en su cuarto hacia ya la friolera de una hora.

Estarian desesperados, y esto sería lo de ménos; pero se podían haber ido, y eso era más grave, porque precisamente en aquel momento tenía Miguel mucha necesidad de Medina; pues buscando una idea que resolviera la dificultad en que se encontraba, tropezó con un hombre. Medina era para él un hallazgo en aquel instante.

Al entrar en la habitación donde dejó á sus amigos, Medina decía:

— Esa mujer va á ser su perdición.

Guillen, vuelto de espaldas á la puerta por donde Miguel entraba, no pudo verlo, y confirmando la predicción de Medina añadió:

— ¡Va á ser!..... di que lo es..... lo tiene en un puño..... el pájaro está ya en la boca de la serpiente.

— Muy bien, exclamó Miguel acabando de entrar; murmurais, y con razón. Dice el refrán que el que espera desespera, pero más bien debe decirse: el que espera, murmura.

— ¿Y qué habíamos de hacer? preguntó Medina. ¿Te parece á tí que se puede dar este *planton* de una hora á dos hombres como nosotros sin exponerse á ser desollado vivo?

Ántes que Miguel contestára á las palabras de Medina se interpuso la voz de Guillen diciendo:

— Déjalo, está en el período álgido de esa enfermedad que se llama amor, y en vez de enojo debe causarnos lástima. Y acercándose al amante de la Marquesa, le puso la mano en la frente, y dijo: Pobrecillo..... no tiene cura.

Miguel se sonrió diciendo:

— Pues todavía no sabéis lo peor.

— No conozco nada peor que enamorarse, observó Medina.

— Y enamorarse de una Marquesa que.....

— ¡Qué! repitió Miguel encarándose con Guillen, que era el que acababa de pronunciar las últimas palabras; mas fué Medina el que salió al paso añadiendo:

— Nada..... que es viuda.

— Eso mismo, exclamó Guillen agarrán-

dose á la observacion de Medina. ¡Viuda! ¿te parece poco?

—Y vamos á ver, exclamó Lanuza cruzando los brazos y dirigiéndose á uno y á otro. ¿Quereis decirme qué hay de particular en una mujer viuda?.....

—Calla tú, exclamó Medina imponiendo silencio á Guillen. Esa pregunta no la haria el último colegial de un seminario, y es preciso que vaya adquiriendo ciertos conocimientos elementales, si no quiere hacer en el mundo un papel muy triste. La respuesta es muy sencilla, querido Miguel..... se le ocurre á cualquiera, y voy á dártela en brevísimas palabras. Óyelas bien, y Dios quiera que no caigan en el saco roto de tu memoria.

—Acaba, gritó Miguel impaciente, porque si la respuesta es tan sencilla, no necesita tanto exordio.

—Allá voy; calma, que no es justo que se venga V. ahora con esas prisas despues de habernos tenido aquí espera que te espera sesenta minutos mortales..... miéntras tú..... pobrecillo..... pero vamos al caso: una mu-

jer viuda no es más ni ménos que una mujer de lance.

—Celebro la gracia, dijo Miguel riéndose para no desmentirse; es un chiste de bolsín, que merece darle la vuelta al mundo; pero yo te suplico con todo mi corazon que no lo repitas, porque esa gracia haria fortuna, y es posible que alguno al repetirla no hiciera muy buen negocio.

—Eso es aparte, replicó Medina, guiñándole el ojo á Guillen..... No he de ser yo, tu íntimo amigo, el que vaya á poner en ridículo tus famosos amores con la Marquesa..... pero en cambio no te negarás á convenir en la exactitud de la frase.

—No tiene, exclamó Miguel, exactitud ninguna.

Estas palabras, pronunciadas con más decision que convencimiento, cogieron á Medina en el momento en que extraía de un succulento cigarro de Cabañas la bocanada de humo más sustanciosa que puede dar de sí el mejor tabaco de la Habana; circunstancia que le impidió replicar con la prontitud que el caso requería, y de la que se aprovechó

Guillen para meter baza, cansado ya de tener la lengua pegada al paladar sin poder decir esta boca es mia.

Así es que se apresuró á soltar una réplica, que para él tenía todo el aspecto de incontestable, y que, cuando ménos, habia de dejar parado al ciego amante de la lista Marquesa.

—No tiene, dijo, repitiendo las palabras de Miguel, exactitud ninguna; mas entónces, ¿por qué temes que la frase dé la vuelta al mundo y ande de boca en boca, yendo de ceca en meca y de zoca en colodra?

A Miguel debió hacerle fuerza la observacion del médico, pues se quedó suspenso miéntras que Medina, llenando de humo el aire que respiraba, inclinó la cabeza como quien exclama: «Muy bien dicho.» Muda exclamacion, que produjo en Guillen la satisfaccion del que contra su costumbre tiene la suerte de dar una vez en el clavo.

—Tú creerás, prorumpió Miguel, dirigiéndose al médico, que me has tapado la boca, y en ese caso te compadezco, porque estás en un error deplorable. Tú, como mé-

dico, podrás conocer las miserias de la carne, pero..... infeliz..... no conoces la miseria del mundo. Precisamente le temo al donaire de este agente de bolsa, porque encierra una insigne falsedad, y en el mundo en que vivimos hace siempre fortuna la mentira. Además, las cosas se han combinado de manera que el asunto de estos amores empieza á tomar un aspecto muy serio.

—¡Pues qué ocurre!..... preguntaron á la vez los dos amigos, admirados.

—Sentaos, dijo Miguel, porque me parece que el golpe que van á recibir vuestros corazones os va á poner en peligro de que caigais de boca.

Los dos amigos se sentaron maquinalmente, como si los oprimiera el peso de las palabras que acababan de oír, y Miguel prosiguió:

—La cosa está definitivamente resuelta; no tengo escape y me caso.

—Así acaban todas las comedias, exclamó Medina, cruzando las manos y haciendo dar vueltas á los pulgares uno sobre otro.

Por lo que hace á Guillen, oyó las pala-

bras de Lanuza como las de un enfermo que dice: «me muero»; y encogiéndose de hombros, añadió:

—No es ésta la primera vez que me encuentro á la cabecera de un moribundo..... Administrarse el matrimonio es lo mismo que administrarse la extremauncion.

—¡Qué lástima de hombre! exclamó el agente de bolsa, arqueando las cejas y poniéndose de pié.

—Es un dolor..... exclamó á su vez el médico, poniendo los ojos en blanco.

—¡Qué cotizacion tan desastrosa! añadió el bolsista. Es la bancarrota.

—Aunque con gran sentimiento de la ciencia, advirtió el médico, este caso de fiebre amorosa destruye por su base la general creencia de que el amor es una enfermedad que no mata.

Miguel puso una mano en el hombro de Medina y la otra en el hombro de Guillen, y les dijo:

—Comprendo el dolor que os causa mi desventura y la parte que tomáis en mi desgracia..... Abrazadme, pues, y lloremos jun-

tos; desahogad aquí vuestros corazones afogados; pero, por todos los santos del cielo, no vayais á desconsolar al mundo con el espectáculo de vuestra pena..... Derramad aquí á torrentes el llanto silencioso que mi infortunio agolpa á vuestros ojos; para eso tengo ánimo; lo sufriré con paciencia..... mas no os respondo de mí si rompiendo los prudentes límites de la compasion que os inspiro, vais por esos mundos de tertulia en tertulia, de café en café y de corro en corro haciendo presente mi futura desdicha con la voz ahogada por los sollozos..... Decid que me caso, que he pedido en toda regla la mano de la bella Marquesa; pero no os afijais al decirlo; no les quiteis á las gentes que os oigan el placer de envidiarme, para proporcionarles el dolor de compadecerme.

—Comprendido, exclamó Medina..... quiere decir que el duelo se despide aquí mismo, y que el luto no debe pasar del umbral de esa puerta. Guillen, enjuga esos ojos..... vuelve á tu boca contraída la sonrisa de la alegría. Miguel, nuestro amigo casi desde la infancia, nuestro compañero de uni-

versidad, es el más feliz de los hombres..... Se casa..... con una espléndida marquesa, dotada del maravilloso privilegio de una belleza interminable. La posteridad, atónita ante tan obstinada hermosura, se verá obligada á envejecer ántes que ella. ¡Soberbio negocio! Es rica, pero nadie podrá decir que el interes de su fortuna ha movido el tierno corazon de nuestro amigo, porque su fausto llena exactamente la medida de sus rentas. De manera que este dichoso mortal va á ser un potentado sin el fastidio y la incomodidad que causa la árdua tarea de manejar dinero. No solamente es marquesa y rica, sino que ademas es viuda..... ¡Viuda!..... en esta palabra se encierra otro tesoro; el tesoro de un corazon que sabe amar, que no ama empíricamente como el corazon de una niña, que no sabe lo que se hace, sino que ama por principios, con todas las reglas de un amor aprendido, *c* por *b*, y de la cruz á la fecha, en la escuela práctica de otro matrimonio. No falta, pues, requisito, pormenor ni perfil á la dicha de nuestro amigo; tiene asegurada la felicidad. En vista de tan feliz

suceso, y con tan fausto motivo, toma tu sombrero, querido Miguel, y vamos á celebrar tu próximo enlace con el almuerzo que el insigne Matusalem nos tiene dispuesto.

Miguel no se dió prisa á tomar el sombrero, y permanecié inmóvil con semblante poco halagüeño, sin advertir que sus dos amigos, mirándose á hurtadillas, se habian guiñado el ojo.

Guillen tomó la palabra para soltarla en estos términos :

—Si no dulcificas esa cara de vinagre vas á nublar nuestra alegría, y será por cierto un singular contraste el que formaremos los tres: tú, que te casas, triste; y nosotros, que no pensamos en semejante cosa, alegres como unas pascuas. Te hemos acompañado en tu pena, acompañanos tú en nuestro regocijo.

—Vuestra alegría, dijo Miguel, es tan mordaz como vuestra tristeza, y si fuerais capaces de hablar formalmente alguna vez, yo os preguntaria : ¿qué monstruosidad hay en este matrimonio? Yo amo á la Marquesa con todo mi corazon; esto vosotros no lo entendéis.....

Guillen lo interrumpió, diciendo :

—Bien; aunque no lo entendamos, lo creemos; estás enamorado de la Marquesa..... sigue.

Miguel siguió :

—Es noble, es delicada, es tierna y siente hácia mí, tal vez por la bondad de su alma, todo el interes de un amor verdadero.

Aquí fué Medina el que lo interrumpió con estas palabras :

—Ese amor de la Marquesa hácia tí acaso lo entendamos, pero no lo creemos; continúa.

—Sea como quiera, continuó diciendo, yo lo creo y basta; y es el caso que nuestra intimidad sirve de pábulo á la maledicencia. Yo nada pierdo á los ojos del mundo; el papel de seductor inconstante es siempre aplaudido; pero lo perderia todo á mis ojos si dejára indefenso el decoro de una mujer que se ha comprometido por distinguirme. ¿Qué se hace en este caso?

—En ese caso, contestó Medina, se pueden hacer muchas cosas, y una de ellas es la

que tú te propones llevar á cabo. Y en verdad, puesto que hablamos formalmente, no es una locura ese casamiento; es una mujer realmente codiciada, ocupa una gran posicion en el mundo y es regularmente rica.

Al llegar aquí observó que Guillen lo miraba asombrado, con el asombro de un actor, que en medio de la escena más interesante oyera á otro actor decir todo lo contrario de lo escrito en su papel. Entónces se volvió á él y le dijo :

—No creas que esto es salir por los cerros de Úbeda; digo la verdad y hablo formalmente. La Marquesa es marquesa; es bella, medianamente jóven y regularmente rica; es, pues, un buen casamiento.

—En ese caso, añadió Guillen, debe casarse y asunto concluido.

—Pues ved lo que son las cosas, dijo Miguel; es un buen casamiento, al cual el amor me lleva y el honor me inclina; y no obstante, encuentro una dificultad, en la que ninguno de los dos habeis caido.

—¡Una dificultad! exclamaron á un tiempo.

—Una, y no floja.